

## **AGENDA CIUDADANA**

### **LA INTERDEPENDENCIA NOS RESULTO DEPENDENCIA**

Lorenzo Meyer

#### **Condiciones Severas.**

Hoy es claro que nuestro destino económico colectivo depende de decisiones que se están tomando más allá de nuestras fronteras. No hace mucho se prometía una modernidad basada en la "interdependencia" con Estados Unidos, pero la realidad es que estamos de nuevo inmersos en lo que se suponía que estaba superado: en la dependencia.

A estas alturas es contraproducente seguir haciéndonos ilusiones e insistir en continuar con la política-ficción que desembocó en la crisis actual. Por ello es de agradecer al jefe de la diplomacia norteamericana, el señor Warren Christopher, que se haya decidido a no ser particularmente diplomático y que, en cambio, él sí, nos haya hablado con la verdad. Al menos eso se desprende de lo dicho por el secretario de Estado en el programa dominical de televisión del 15 de enero de la cadena NBC -"Encuentro con la prensa"-, y donde discutió la naturaleza de los términos en que Estados Unidos se propone auxiliar al gobierno de Ernesto Zedillo. Ahí, frente a las cámaras y en relación a las garantías con que el gobierno de Estados respaldará un préstamo a México de hasta 40 mil millones de dólares, Christopher dijo: "Estoy seguro que serán condiciones severas [las que se impongan a México] para proteger el interés de Estados Unidos en cualquier garantía de préstamo". Quizá para suavizar una afirmación tan tajante, añadió: "no queremos en esta oportunidad actuar de manera tan dictatorial que no seamos un

buen amigo de México" (El Financiero, 16 de enero). De lo anterior podemos inferir que la actuación de Washington en la crisis mexicana será sólo "un poco dictatorial", pues es nuestro "buen amigo". El nuevo secretario del Tesoro, Robert Rubin, también fue franco sobre ese punto, y afirmó que en el caso de México, Washington actuó "únicamente para proteger los intereses norteamericanos". La afirmación en si misma no constituye ninguna novedad. Lo nuevo es que, a diferencia de otras ocasiones, esta vez no se intentó hacer aparecer el acuerdo como altruismo. Mejor, así nadie se podrá llamar a engaño: el pan es pan y el vino es vino.

Dentro de la lógica de la brutal franqueza norteamericana, ahora nos corresponde a nosotros, a los ciudadanos mexicanos, exigir que se hagan públicas todas y cada una de esas "condiciones severas". Tenemos derecho a saber, por ejemplo, cual es el papel que el petróleo mexicano va a jugar como garantía del megapréstamo norteamericano. De acuerdo con Dolia Estévez, ya está circulando un borrador con los 15 términos que el presidente Clinton se propone imponer a México como condición para otorgar su ayuda. Tales términos incluyen: limitar las relaciones de México con Cuba, repatriación de los indocumentados mexicanos al interior del país, más privatizaciones, mayor intensidad en la lucha contra el narcotráfico, apertura del sector financiero, vigilar el destino de los fondos prestados, etcétera, (El Financiero, 18 de enero). ¿Cual va a ser la respuesta de Ernesto Zedillo? Ella es de vital importancia, pues ese acuerdo no

parece muy diferente de un tratado de paz con una nación a la que se ha derrotado.

Para todos es ya claro que una parte importante de las decisiones que en el futuro inmediato determinarán la forma y el contenido de nuestra vida económica -la naturaleza del intercambio con el exterior, de las condiciones en que operará la inversión externa, de las tasas de interés del papel gubernamental, del tipo de cambio, de los subsidios que son permitidos, de la privatización de lo que queda del sector paraestatal, etcétera- ya no se toman aquí sino allá, fuera de nuestra frontera. Así, por ejemplo, si el peso se devalúa aún más, si se mantiene estable o si se revalúa, no es algo sobre lo que nuestras autoridades tengan ya mucho control, pues el deterioro de las reservas del Banco de México hace que la evolución de nuestra moneda dependa ya de un conjunto de decisiones tomadas por los grandes inversionistas extranjeros y por las autoridades norteamericanas: la casa Blanca, el Departamento de Estado, el Departamento del Tesoro y los líderes del congreso en Washington. Es, por tanto, en Nueva York, en Los Angeles o en Houston, donde realmente se va a decidir si al vencimiento de los valores emitidos por el gobierno México se va a exigir su pago en dólares o si se renuevan en pesos pero a una tasa muy alta que afecta los términos del crédito para el resto de los mexicanos. En fin, serán los legisladores norteamericanos -y no los mexicanos-, los que realmente discutirán libremente la naturaleza de nuestro problema económico y tomarán las decisiones que nos afecten. Es esta una manera bastante humillante de

concluir un capítulo del nacionalismo mexicano, y de ello nuestra clase dirigente es la responsable (¿o irresponsable?).

### **Ser o no Ser.**

A estas alturas podemos y debemos preguntarnos si o hasta que punto, los mexicanos seguimos siendo ciudadanos de un país soberano. Como se sabe, el concepto de soberanía hace referencia al ejercicio de un poder político primario, no derivado de ningún otro, autosuficiente y único que da sentido al Estado moderno. Esta soberanía tiene dos aspectos, el interno -dentro del país, la soberanía reside o debiera residir en el pueblo- y el externo, que se refiere a la independencia y cuya fuente es el propio poder del Estado. En relación a este último, se trata de la capacidad de cada estado nacional de defender sus intereses frente al resto; de la energía que permite a un país como el nuestro decidir sus asuntos propios sin tener que plegarse a ningún dictado externo. Hoy, como se puede inferir de las declaraciones del secretario de Estado norteamericano ya citadas, y por la difícil situación de nuestra economía, México no tiene realmente la capacidad de rechazar los términos en que el mundo externo le va a facilitar recursos muy cuantiosos para intentar salir de las penosas circunstancias en que le dejó un mal manejo de su economía.

Es verdad que, en la práctica, la soberanía del grueso de los países es relativa, particularmente de aquellos que son pobres, subdesarrollados y que viven a la sombra de una gran potencia, como es justamente el caso de México. Efectivamente, una vez lograda la independencia, la capacidad de México para

decidir sobre sus propios asuntos siempre enfrentó los límites impuestos por las potencias a cuya sombra se desarrollaba: Gran Bretaña o Francia en el siglo pasado y Estados Unidos desde siempre. Sin embargo, al concluir la revolución de 1910-1920, y gracias a la decisión de ciertos líderes como Venustiano Carranza y Lázaro Cárdenas, y a la gran energía nacionalista generada por ese movimiento social, los márgenes de la independencia mexicana se ampliaron hasta ser por un tiempo los mayores en América Latina. Desafortunadamente, el abuso de ese nacionalismo por el autoritarismo para cubrir su déficit de legitimidad, aunado a los errores e irresponsabilidades de la clase dirigente, volvió a reducir la capacidad de los mexicanos para ser nosotros quienes tomemos las decisiones que nos afecten en lo fundamental. Y son precisamente los momentos de crisis como el actual, los que dan la medida exacta de cuan relativa es hoy nuestra soberanía.

### **La Profecía.**

Otra vez se hace necesario recurrir a don Daniel Cosío Villegas -al profeta Daniel- y a lo que él predijo en ese ya lejano marzo de 1947 en su ensayo "La crisis de México". Tras examinar el incumplimiento del programa de la Revolución Mexicana por la corrupción e incompetencia del grupo dirigente -su fracaso fue político, económico y social-, Cosío Villegas vaticinó que de no autorregenerarse la revolución, se corría el riesgo de que México vagara por un tiempo a la deriva -perdiendo un tiempo que ya no debería perder-, "para concluir en confiar sus problemas mayores a la inspiración, la imitación y la sumisión a Estados Unidos, no sólo por vecino, rico y poderoso, sino por el éxito

que ha tenido y que nosotros no hemos sabido alcanzar. A ese país llamaríamos en demanda de dinero... y concluiríamos por adoptar íntegra su tabla de valores". Es posible, dijo entonces Cosío Villegas, que rindiéndose México a los norteamericanos "muchos de sus problemas se resolverían entonces y México podría hasta llegar a gozar de una prosperidad material desusada", pero entonces nuestro país habría dejado de ser México, ya no sería responsable de su propio destino y su regeneración, en caso de que finalmente llegara, llegaría de fuera, y muchos mexicanos - particularmente los indígenas- serían marginados pues no tendrían lugar en el nuevo estado de cosas. Una vez más, lo que don Daniel profetizó parece estarse cumpliendo al pie de la letra, desafortunadamente.

**Una Clase Política Subordinada, es una Clase Inútil.**

Pero podemos ir más atrás aún, a principios de este siglo que está por concluir para encontrarnos con el padre de nuestra sociología política y relator de los problemas fundamentales: don Andrés Molina Enríquez y sus Grandes problemas nacionales (1905 - 1906). La obra de Molina Enríquez, es un diagnóstico muy certero -y una condena- del México del antiguo régimen, del porfiriato, de sus "científicos" y modernizadores.

Al examinar la pirámide social -el cuerpo deformado y contrahecho de un México injusto, concentrador de pobreza y riqueza- el abogado metido a sociólogo, señaló que Díaz y su grupo político eran únicamente los acaparadores de los puestos formales de mando, pero que no eran ya los que realmente mandaban, habían sido pero ya no eran. Sobre de ellos -por encima

del anciano general de regia figura y muchas medallas-, estaba un grupo aún más poderoso: el de los extranjeros. Dentro de la minoría externa dueña del poder económico y que, en la práctica, subordinaba a la clase política nativa, también había una jerarquía: eran los norteamericanos los que presidían sobre toda la compleja pirámide social, económica, cultural y política de México.

Al desnudar la estructura de poder del porfiriato en su etapa terminal y mostrar, entre otras cosas, la incapacidad de la dictadura para realmente gobernar en su propia casa, Molina Enríquez expuso la incapacidad e ilegitimidad de la élite política mexicana como promotora de un proyecto nacional. Años más tarde, el amigo y socio de don Andrés, Luis Cabrera, habría de enumerar las causas que dieron origen a la Revolución Mexicana y en un lugar prominente figuraba el extranjerismo, es decir, la subordinación del interés de los mexicanos al extranjero.

En más de un sentido estamos de vuelta en el Porfiriato, de retorno a la una supuesta modernización que concluyó en crisis y subordinación del proyecto nacional al exterior. Y justamente por ello una de las tareas urgentes es volver a recuperar la soberanía perdida. El primer y fundamental paso en esa dirección es transformar la naturaleza del régimen -pero esta vez sin violencia, de manera incruenta, civilizada- e iniciar la regeneración de la fuente interna del poder político. Con un poder nacido y asentado no en una presidencia sin límites y un partido de Estado corrupto y desprestigiado como es hoy el caso, sino de un proceso democrático auténtico, generador de

legitimidad, de energía social auténtica, el grupo gobernante contaría con el respaldo -el poder- necesario para hacer frente a Warren Christopher y sus "condiciones severas". Se podría defender la riqueza petrolera, la dignidad nacional, e intentar, pese a nuestras debilidades, tener una relación de interdependencia y no de dependencia, con nuestro severo vecino del norte.